

## XXXI Domingo ordinario - 3 de noviembre de 2024 (Dt 6, 2-6; He 7, 23-28; Mc 12, 28b-34)



"Escucha, Israel, y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas, y a tu prójimo como a ti mismo". Estos pocos versículos de la primera lectura son el corazón y el fundamento de la fe de Israel. Son estas mismas palabras que Jesús retoma para volver a poner al Escriba que quería saber el más grande de los mandamientos. Como Moisés, Jesús insiste en la importancia de escuchar. "¡Escuchen!" Es lo único que Dios ha pedido siempre a su pueblo. "Escucha, Israel (Shema Israel): el Señor nuestro Dios

es el único. Estas palabras que te doy hoy permanecerán en tu corazón." Sí, en tu corazón. Porque para escuchar no solo bastan los oídos, para escuchar de verdad se necesita sobre todo un corazón. Es el corazón que escucha, que acoge la Palabra de Dios, es decir, la vida de Dios y la guarda para dejarla germinar, crecer, desarrollarse y dar fruto.

El fruto más hermoso y más grande que la palabra de Dios puede producir en el corazón del hombre es el amor. El amor que viene de Dios tiene su raíz en el corazón del hombre y se manifiesta a través del prójimo. El amor es lo que todos buscan en su vida. El amor es la única ley verdadera que puede pacificar al mundo, es el lenguaje universal más comprensible. Ningún sistema o régimen político puede pacificar el mundo. Y es este mandamiento que Jesús da al Escriba que vino a él. Jesús da un mandamiento doble que resume toda la Ley del Señor. Amar a Dios con todo su corazón, con toda su fuerza, con toda su inteligencia y con toda su mente y a su prójimo como sí mismo. Es la más importante de todas las demás leyes. Es la única ley que une el cielo y la tierra de manera eterna. Es la única Ley que puede unir al hombre con Dios y a los hombres entre sí. Solo el amor da plena libertad para vivir en paz. Ama y haz lo que quieras " nos dice San Agustín. Por eso Jesús nos da este doble mandamiento nuevo.

Para ir siempre más lejos en la aplicación de este doble mandamiento que Jesús nos da, hace falta un corazón abierto a la dimensión del amor de Dios. El amor del Señor se concreta, se verifica en el amor al prójimo. En este sentido, san Juan nos dice: "Si alguien dice: Amo a Dios, y odia a su hermano, es un mentiroso; porque el que no ama a su hermano que ve, ¿cómo puede amar a Dios que no ve?" (1 Jn 4, 20). El amor de Dios no es un concepto abstracto, sino que se arraiga en lo concreto de nuestras relaciones cotidianas con los demás. El amor al prójimo verifica nuestro verdadero apego a Dios. La mejor prueba de estar en la intimidad de Dios es el entendimiento cordial con todos los que nos rodean.

El mensaje del Evangelio de este 31º domingo insiste en el mandamiento del amor. Y el fin del mandamiento que Jesús nos da es una caridad inventiva arraigada en una fe sincera. La caridad hacia el prójimo es el reflejo de la intimidad con Dios. Se mide por la entrega, por la generosidad hacia los que nos rodean, porque el camino que conduce a Dios pasa por el amor fraterno. Amar a Dios, amar al prójimo, esto es lo que hoy nos invitan. El amor de Dios y del prójimo son una sola y misma ley, uno no va sin el otro.



Como el rey Salomón, en este 31º domingo ordinario pedimos a Dios "Dale a tu siervo, Señor, un corazón que escuche" (1 R 3,9), un corazón que se asemeje al de Jesús, un corazón totalmente dirigido al Padre y totalmente dedicado a su prójimo. Pidamos también al Señor un corazón que se deje modelar por su Palabra para que el mundo sea pacificado. Porque como dice san Juan de la cruz: "En la tarde de nuestra vida, seremos juzgados por la ley del amor". ¡Amén!

*P. Jean Didereau DUGER, smm*

